
Una pastoral universal de santidad. Del Vaticano II a «*Gaudete et exsultate*»

*A Universal Pastoral Approach to Holiness.
From Vatican II to «Gaudete et exsultate»*

RECIBIDO: 13 DE JULIO DE 2020 / ACEPTADO: 5 DE OCTUBRE DE 2020

Fulgencio ESPA FECED

Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II. Master de Familia
Madrid. España
ID ORCID 0000-0002-4347-0761
fulespa@gmail.com

Resumen: El Concilio Vaticano II en su constitución dogmática *Lumen Gentium* postuló una renovación del concepto de santidad que ha encontrado su eco, al menos, en dos reflexiones complementarias. Por un lado, el carácter universal de la santidad como vocación vinculada al bautismo. Por otro, la íntima relación de los santos con la vida de la Iglesia. Ambas reflexiones tienen una honda impronta teológica y han sido desarrolladas en contextos diversos por el magisterio posterior. Retomando estas consideraciones, el Papa Francisco ofrece una visión pastoral tanto de la cuestión de la santidad como de los santos, iluminando de un modo específico el magisterio precedente.

Palabras clave: Papa Francisco, Santidad, *Gaudete et exsultate*.

Abstract: The Second Vatican Council in its dogmatic constitution *Lumen Gentium* postulated a renewal of the concept of holiness that has found its echo, at least, in two complementary considerations. On the one hand, the universal character of holiness as a vocation linked to baptism. On the other, the intimate relation between of saints and with the Church's life. Both considerations have a deep theological imprint and have been developed in different contexts by the later *magisterium*. Taking up these considerations, Pope Francis offers a pastoral vision of both questions, that of holiness and that of the saints, illuminating in a specific way the preceding *magisterium*.

Keywords: Pope Francis, Holiness, *Gaudete et exsultate*.

INTRODUCCIÓN

La publicación de la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* significa el último eslabón en la cadena del anuncio de la llamada universal a la santidad que, si bien encuentra su origen en el evangelio mismo, tiene su exponente más indicativo en el Vaticano II, y muy singularmente en la constitución dogmática *Lumen Gentium*¹.

El aula conciliar fue expresamente explícita en afirmar la vinculación de esta llamada con la recepción del sacramento del bautismo y, por eso mismo, dirigida a todos los cristianos. Se ofrece así un modelo de santidad que, si bien no era nuevo, ciertamente podía estar un tanto olvidado. La *Lumen Gentium* ofreció unas claves específicas para comprender el papel de la santidad y de los santos en la vida de la Iglesia. El estudio de todo ello constituye el primer párrafo de este trabajo.

Es precisamente la vida de los santos, o mejor dicho, su «acceso a los altares» lo que ocupa la segunda etapa de este estudio. En efecto, el camino de discernimiento eclesial para que un cristiano pueda ser invocado como santo y puesto como ejemplo para todos los demás, ha adquirido diversas formas a lo largo de la historia. Como se sabe, el papa Francisco, mediante la publicación del motu proprio *maiolem hac dilectionem*, ha querido añadir un nuevo camino de verificación de una vida culminada santamente. El carácter «ejemplar» de los fieles beatificados y canonizados tiene una indudable dimensión teológica y pastoral, caracterizando en parte la propuesta concreta de santidad que la Iglesia hace sus hijos en cada momento histórico.

Desde ambas perspectivas –la llamada universal a la santidad y la influencia de los santos en la vida de la iglesia– examinaré la *Gaudete et exsultate*. Se trata, por tanto, de intentar apuntar cómo se realiza la acogida del magisterio precedente en esta exhortación apostólica, el planteamiento que ofrece sobre el papel de los santos en la pastoral eclesial, así como examinar si existe una eventual novedad en el documento sobre estos particulares.

¹ En realidad todos los documentos conciliares están embebidos de esta doctrina: cfr. BOSCH, V., «El valor programático de la santidad. Una clave hermenéutica del Concilio Vaticano II, a 40 años de distancia», *Annales theologici* 19 (2005) 171-211.

1. LA LLAMADA UNIVERSAL A LA SANTIDAD

La reflexión fundamental y primera que focaliza la atención de estas líneas hace referencia a la cuestión de la santidad misma. ¿En qué consiste esta exactamente? Antes de adentrarnos a fondo en la doctrina conciliar a este respecto, es parada obligatoria un primer acercamiento a la cuestión que sirva de marco para todo el planteamiento sucesivo. En definitiva, ¿qué es oportuno entender por santidad?

1.1. ¿Qué es la santidad?

El Antiguo Testamento pone de manifiesto de modo continuado que la santidad es un atributo reservado exclusivamente a Dios. Solo Dios es santo, hasta el punto de que «entre Dios y la santidad hay una verdadera equivalencia»². No obstante, la Escritura reconoce la existencia de algunas figuras que llegaron a estar delante de la santidad de Dios, tales como los serafines, que proclaman la gloria de Dios; el profeta Isaías, cuyos labios impuros contrastan con la santidad de Dios; y el pueblo pecador que apela a su liberación al Dios Santo. Se da así entre santidad-gloria y el pueblo de Dios una relación paradójica: por un lado, la santidad –como la gloria de Dios– es inaccesible; por otro lado es necesaria para la criatura (el pueblo apela a ella).

Ya en el Nuevo Testamento, Jesús será llamado «el santo» por los demonios en Carfarnaún (Lc 4,34). No se trata de una afirmación aislada. La causa de muerte de Jesús tiene mucho que ver con haber sido denominado el santo, atributo referido a Dios y que en labios de hombre ensombrece bajo el peso de la blasfemia. Ser llamado santo equivale a identificarse con Dios. Por otra parte, el Apocalipsis nos recordará lo que ya había afirmado el profeta Isaías: solo Dios es el tres veces santo (cfr. Ap 4,8).

Si solo Dios es santo... ¿en qué sentido se llama «santos» a los hombres? El modelo de toda santidad es Jesucristo que, siendo verdadero hombre, fue verdaderamente santo. La causa de la santidad de la humanidad de Cristo es su inmediata unión con la divinidad en la única Persona del Verbo. El Espíritu Santo (caridad increada) cubre con su sombra a María, obrando la unión de tal modo que la naturaleza humana de Jesús (creada y no preexistente a la unión) es unida a la naturaleza divina. Jesucristo en cuanto hombre es el santo *por gracia* desde el inicio mismo de su concepción, y así se obra en María.

² GUILLET, J., «Sainteté de Dieu», *Dictionnaire de Spiritualité* 14 (1990) col. 185.

Lo que en la naturaleza humana de Jesucristo se obra desde el mismo momento de su concepción (*per esse personale*), en los cristianos se obra *per operationem*³. La santificación de los hombres es obra del Espíritu Santo, que transforma el alma (la gracia como don creado) y la mueve a la caridad. Después de la revelación de Jesucristo, como afirma Solignac, en su esencia «la santidad se identifica con la caridad», es decir, con el amor en sentido más puro, de modo que la santificación no es otra cosa que el caminar hacia la caridad más grande en relación a Dios y al prójimo (1 Jn 4,8.10-11; cfr. Jn 3,16; 13,34-35; 15,9-13.17)⁴.

Se puede por tanto llamar a los hombres santos en la medida en que viven el amor originario, la caridad de Dios, santidad primera. La santidad se realiza así en la historia concreta de los hombres, y ha adquirido formas diversas a lo largo del tiempo que se han sustanciado en diversos modelos de oración, contemplación, ascesis y modos de vivir.

El proceso de la santificación es fruto de la acción de Dios y de la acción humana. Por medio de acción divina y humana se perfecciona la imagen que Dios estampa en el hombre. Esa mayor semejanza con Dios –perfeccionamiento de la filiación divina– es obra de la Trinidad misma y de cada una de las Persona divinas: la paternidad de Dios, la imitación de Cristo y la inhabitación del Espíritu Santo.

Finalmente, ser llamado santo no solo tiene un valor «en sí», sino que también es relevante para la Iglesia como comunidad, pues la presencia alentadora de los santos ayuda a que los cristianos «luchemos sin desfallecer en la carrera y alcancemos, como ellos, la corona de gloria que no se marchita»⁵. En efecto, «mediante el testimonio admirable de tus santos fecundas sin cesar a tu Iglesia con vitalidad siempre nueva, dándonos así pruebas evidentes de tu amor. Ellos nos estimulan con su ejemplo en el camino de la vida y nos ayudan con su intercesión»⁶. La Iglesia reconoce así a algunos hombres y mujeres concretos que han respondido plenamente a la voluntad de Dios por la caridad, los llama santos, y constituyen un ejemplo para el Pueblo de Dios que aún peregrina en la historia.

³ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, III, q. 2, a. 10, co. El modo *per esse personale* por el que es elevada la naturaleza humana a la unión con Dios es *singularis Christo, in quo humana natura assumpta est ad hoc quod sit personae Filii Dei*.

⁴ Cfr. SOLIGNAC, A., «Sainteté-Sanctification de l'homme, de Dieu», *Dictionnaire de Spiritualité* 14 (1990) col. 192.

⁵ «Prefacio I de los Santos», en *Misal Romano*, 3ª ed. típica, Madrid, 2016, 502.

⁶ «Prefacio II de los Santos», en *Misal Romano*, 503.

1.2. *Llamada universal y fundamento bautismal (LG 40)*

«En el Nuevo Testamento, tanto en la literatura paulina como en los Hechos de los Apóstoles, los cristianos con frecuencia son designados con la palabra “santos”»⁷. Más concretamente, san Pablo encabeza su carta a los Romanos refiriéndose a los cristianos como «santos»: «Pablo, siervo de Cristo Jesús, (...) a todos los amados de Dios que estáis en Roma, santos por vocación...» (Rom 1,7). La referencia general a todo cristiano como santo en la Iglesia primitiva muestra que esta denominación no hacía referencia a ninguna clase específica dentro de la comunidad cristiana. Ser llamado santo es identificarse como miembro de la comunidad de los bautizados.

Esta referencia a los cristianos como «los santos» fue expuesta con vigor y con importantes consecuencias en el Vaticano II. En el conocido texto de LG 40, se afirma explícitamente que «los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos»⁸. El texto conciliar retorna de modo genuino a las fuentes neotestamentarias llamando santos a los cristianos por la gracia del bautismo.

Esta afirmación del Concilio tiene consecuencias teológicas muy relevantes para nuestra reflexión. Por un lado, esta universalidad de la santidad vinculada al bautismo subraya que se trata de una *obra de la gracia*. La santidad no es tal en «razón de las obras», sino por voluntad divina, que elige y justifica en Cristo Jesús.

En efecto, tampoco la santidad del hombre Jesús fue resultado de ningún merito precedente de dicha humanidad, porque sencillamente no existía. Jesús es santo en su naturaleza humana en virtud y por obra de la gracia de unión.

⁷ BORDA, E., «La santidad como programa pastoral. Reflexiones sobre la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*», en SARANYANA, J. I. y otros (eds.), *El caminar histórico de la santidad cristiana: De los inicios de la época contemporánea hasta el Concilio Vaticano II. XXIV Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona: Eunsa, 2004, 298. Y refiere numerosos pasajes neotestamentarios: Hch 9,13; 9,32; 9,41; 26,10; Rom 1,7; 12,13; 15,25-26; 16,15; 1 Cor 1,2; 6,1-2; 16,15; 2 Cor 1,1; Ef 1,1; Fil 1,1; Col 1,2; etc. También, en referencia al impulso que el Concilio Vaticano II supuso para la vocación a la santidad de los laicos y sus implicaciones, cfr. BOSCH, V., «La vocación cristiana laical: renovar el mundo con Cristo», *Scripta Theologica* 50 (2018) 407-432.

⁸ CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium* (21-XI-1964), 40. En adelante se citará como: LG.

El resto de los hombres, cuya unión a Dios no es sustancial ni personal, son santificados también por el don de la gracia operando en este caso por el bautismo, tal como afirman la Escritura y la Tradición, y recoge finalmente el Concilio. Ningún mérito humano precede a la justificación, ningún merito puede atribuirse a hombre alguno en la santificación por el bautismo: es un don gratuito que obedece exclusivamente a la bondad y misericordia divinas.

Por otro lado, la vinculación bautismo-santidad manifiesta lo que el Concilio había enunciado inmediatamente antes: la llamada universal a la santidad⁹. Jesucristo no se refirió a un grupo exclusivo de discípulos en su exhortación a la santidad. Asimismo, refirió que esa llamada a todos es a la santidad más perfecta: *como el Padre celestial es perfecto*. El criterio del amor perfecto es el criterio mismo de la santidad, que ordena amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como Él nos amó.

Se evidencia la *tensión* que deriva en relación a la santidad: *por un lado es un hecho; por otro, una llamada*. El fundamento de esa tensión es antropológico pues, a diferencia de Cristo (donde la santidad es plenamente cumplida desde el instante mismo de su concepción), la santidad en los hombres, siendo algo realizado, aún está por hacer. *Realizado* en la medida en que es obra de la gracia: gratuito y sin méritos precedentes. *Por hacer* en tanto que, también por gracia (habitual), es necesario llevar a cabo mediante el ejercicio de la caridad.

1.3. *Llamada universal y camino personal (las santidades en la Iglesia)*

La santidad como llamada tiene profundas raíces en el Nuevo Testamento. El Concilio Vaticano II hace referencia a la exhortación del Señor en el Sermón de la montaña, pero también la teología paulina es testigo de esta vocación. En su carta a los Efesios, san Pablo afirma que los cristianos son elegidos antes de la fundación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia en el amor (cfr. Ef 1,4). La santidad se vive efectivamente como tarea: la tarea que acompaña a los cristianos a vivir su existencia según Cristo y las enseñanzas del Sermón de la montaña.

⁹ «El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que Él es iniciador y consumidor: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48). Envío a todos el Espíritu Santo para que los mueva interiormente a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (cfr. Mt 12,30) y a amarse mutuamente como Cristo les amó (cfr. Jn 13,34; 15,12)» (LG 40).

«En consecuencia», afirma LG 40, «es necesario que con la ayuda de Dios [los cristianos] conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron». La santidad es un don (algo recibido) que, al mismo tiempo, hay que hacer fructificar. «El Apóstol les amonesta a vivir “como conviene a los santos” (Ef 5,3) y que como “elegidos de Dios, santos y amados, se revistan de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia” (Col 3,12) y produzcan los frutos del Espíritu para la santificación (cfr. Gal 5,22; Rom 6,22). Pero como todos caemos en muchas faltas (cfr. St 3,2), continuamente necesitamos la misericordia de Dios y todos los días debemos orar: “Perdónanos nuestras deudas” (Mt 6,12)» (LG 40).

El desarrollo de esa *llamada universal* se convierte en un *camino personal*. «Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria. Pero cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios» (LG 41).

¿Cuáles son esos caminos de realización de la llamada universal a la santidad? El Concilio detalla, en primer lugar, la exigencia de santidad para los pastores del rebaño de Cristo (LG 41 § 2), dotados de la gracia sacramental para el ejercicio de su ministerio en santidad; en segundo lugar, a los presbíteros, que a semejanza de los obispos gozan de la gracia ministerial para ser testigos del Dios vivo por su oración y entrega (LG 41 § 3); a continuación se cita a «los ministros de orden inferior», subrayando el valor del diaconado (LG 41 § 4), y hace finalmente expresa y larga referencia a los esposos y padres cristianos, así como a aquellos que han abrazado el celibato o quedado viudos, y a todos los que perfeccionan el mundo mediante su trabajo (LG 41 § 5). Corona esta enumeración de los llamados a la santidad recordando a pobres y enfermos, a los que sufren o padecen (LG 41 § 6).

«Por tanto», concluye este párrafo de *Lumen Gentium* «todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo» (LG 41).

El específico camino de santidad es, por tanto, singular y característico de cada uno. Mediante la enumeración de los diversos estados de vida, y de las más variadas circunstancias personales, el Concilio ha querido subrayar que, además de una llamada *universal*, la santidad es asimismo una llamada *personal*. Se trata, en conclusión, de los modos específicos de acoger la gracia bautismal (gracia de adopción) y ponerlo por obra (respuesta a la gracia santificante).

1.4. *Santidad y medios de santificación*

«A fin de que la caridad crezca en el alma como buena semilla y fructifique», señala LG 42, «todo fiel debe escuchar de buena gana la palabra de Dios y poner por obra su voluntad con la ayuda de la gracia», y postula como necesarios los siguientes medios de santificación: la participación frecuente en los sacramentos y en las funciones sagradas, aplicarse asiduamente a la oración, abnegación de uno mismo, ser solícito a los hermanos y al ejercicio de todas las virtudes. Asimismo, «la caridad, como vínculo de perfección y plenitud de la ley (cfr. Col 3,14; Rom 3,10) rige todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin». Se da, por tanto, entre la caridad y los medios de santificación una relación de circularidad: se llega a la caridad a través de estos medios y de modo antecedente, la caridad suscita y ordena esos mismos medios.

En relación a esta cuestión, el Concilio hace referencia a tres fuentes. En primer lugar, cita el *Enchiridion* (32,121), donde san Agustín afirma que el fin de la perfecta caridad es un corazón puro, una conciencia buena y una fe no fingida (cfr. Rom 5,5)¹⁰. El doctor de la Gracia concluye que el fin de todo precepto es la caridad, y que la caridad, a su vez, disminuye el mal en nosotros.

En segundo lugar, el texto conciliar hace referencia a *S.Th.*, II-II, q. 184, a. 1. Santo Tomás se pregunta si la perfección cristiana guarda una relación determinada y específica con la caridad. Con su habitual fuerza demostrativa, el Aquinate sostiene que perfecto es lo acabado (lo que llega a su fin). Así pues, si la caridad es lo que nos une a Dios, que es el último fin de la mente humana, la caridad *specialiter attenditur perfectio vitae christianae*.

¹⁰ Cfr. AGUSTÍN DE HIPONA, *Enchiridion ad Laurentium de fide et spe et caritate* 32,121, CCL 46, 49-114.

Es muy oportuno anotar como, tanto en uno como en otro caso, cualquier presentación del precepto (o de los medios de santificación) desvinculados de su origen y término (la caridad) son ajenos tanto al pensamiento conciliar como a sus fuentes. San Agustín ha subrayado fuertemente la relación entre el precepto y la caridad, y santo Tomás ha señalado que por encima de todo está la caridad, puesto que es lo acabado de la santidad misma: todo medio se dirige a la caridad.

La tercera fuente del primer párrafo de LG 42 es la Carta encíclica *Menti nostrae*, escrita por Pío XII a los sacerdotes en el año santo de 1950. Revestirse de Cristo (cfr. Rom 13,14), siendo válido para todos los cristianos, es especialmente indicado para los sacerdotes, y consiste en inspirar no solo pensamientos con doctrina sino «sino entrar en una vida nueva que, para resplandecer con los fulgores del Tabor, debe conformarse a los del Calvario»¹¹. «Pero esto exige un arduo y continuo trabajo», afirma a continuación, y consiste en: el ejercicio incansable y continuo para la renovación en el espíritu, el ejercicio de la piedad «que refiere todo a la gloria de Dios», el ejercicio de la penitencia «que refiere y modere los desordenados movimientos del alma», los actos de caridad que inflamen las almas en amor de Dios y al prójimo (y muy especialmente las obras de misericordia) y la voluntad activa para empeñarse y luchar por lo perfecto.

Tanto las palabras que vinculan en LG 42 § 1 santidad y medios de santificación como los textos inspiradores de la doctrina conciliar parecen subrayar inequívocamente la necesidad de unir siempre caridad y medios de santificación, tanto en su origen como en su término. En efecto, es un modo explícito de acoger la doctrina paulina cuando afirma que «todo es gracia». En definitiva, hablar de medios de santificación es hablar de la primacía de la gracia.

2. EL CAMINO HACIA LOS ALTARES, *LOCUS* PARA LA TEOLOGÍA Y PARA LA PASTORAL DE LA SANTIDAD

Una rápida mirada a aquellos que la Iglesia ha denominado «santos» puede dar la impresión de la existencia de ciertas «modas» en todo lo referente a la santidad. Un somero recorrido por los hombres llamados santos en la historia de la Iglesia permite anotar que, a pesar de los acentos propios del deve-

¹¹ Pío XII, Exhortación apostólica *Menti Nostrae* (23-IX-1950). También para las citas que siguen.

nir de la historia, se pueden concluir algunas constantes en relación a los criterios de santificación¹².

Los caminos de santidad de las Iglesias de oriente y occidente son desiguales. Mientras que el oriente tiene un calendario casi fijo desde el siglo VI, occidente ha evolucionado de modo diverso¹³. De hecho, en la iglesia latina da la sensación de existir una *aceleración* de la santidad en los últimos siglos.

La tipología de la santidad ha sido diversa con el correr de los tiempos. De los mártires a los «nuevos» tipos de santos caracterizados por el asceta y el obispo. En la alta edad media, no obstante, la santidad parece trasladar su domicilio a las abadías y los religiosos¹⁴.

El segundo milenio es testigo de la aparición de las nuevas órdenes sin descartar las renovaciones religiosas (Cluny, Clarivaux)¹⁵. A partir del Concilio de Trento aumentan considerablemente los procesos de canonización¹⁶.

A la vista de los datos históricos parece que las diversas causas de santidad obedecen, fundamentalmente, a tres criterios. En primer lugar, las causas de aquellos que han muerto con reputación de santidad. En este sentido, influye mucho tanto la sensibilidad de los fieles como la sensibilidad de una época. Por otro lado, las causas de beatificación y canonización tienen mucho que ver con aquellos que las introducen y tratan de llevarlas a término. Finalmente, no faltan las causas introducidas por la propia Iglesia, a raíz de los propios tiempos históricos y nuevamente como valor de ejemplo.

Todo este proceso ha sido acogido progresivamente por la iglesia en su legislación canónica. No hay inconveniente pues en admitir –antes bien todo lo contrario– la influencia de la historia en general y de la historia de la Iglesia en particular en las causas de canonización. La santidad ha sido fuente que inspira la reflexión teológica y, a su vez, el modo para llegar a los altares se ha sustanciado históricamente a través de unos caminos tradicionalmente admi-

¹² Para un recorrido rápido de la historia de la santidad y su acogida en el Magisterio posterior hasta la *Gaudete et exsultate*, así como algunas interesantes implicaciones, se puede consultar en LÓPEZ, J., «La vocación universal a la santidad en “Gaudete et exsultate”» *Teología y catequesis* 144 (2019) 31-56.

¹³ Cfr. ŠPIDLIK, T., «Saints dans les Églises byzantine et russe», *Dictionnaire de Spiritualité* 14 (1990) cols. 197-202.

¹⁴ Cfr. PICARD, J.-C., «Saints dans les Églises Latines. Des origines au 9e siècle», *Dictionnaire de Spiritualité* 14 (1990) cols. 203-212.

¹⁵ Cfr. VAUCHEZ, A., «Saints. Du 10e siècle au concile de Trente», *Dictionnaire de Spiritualité* 14 (1990) cols. 212-222.

¹⁶ Cfr. DARRICAU, R. y PEYROUS, B., «Saints. Du concile de Trente à nos jours», *Dictionnaire de Spiritualité* 14 (1990) cols. 222-230.

tidos (parágrafo primero) a los que, finalmente, hay que añadir la aportación última del papa Francisco en *Maiorem hac dilectionem* (parágrafo segundo).

2.1. *Los caminos tradicionales: el martirio y las virtudes heroicas*

A raíz de la crisis luterana y a la vista de la reacción católica se entra, en la historia de la santidad, en «un tiempo de fundación y de cambios profundos»¹⁷. En la sesión XXV del Concilio de Trento se emite el decreto sobre invocación, veneración y reliquias de los santos y las santas imágenes¹⁸. En 1588 Sixto V reorganiza la curia y confía a la congregación de ritos el cuidado de las causas de los santos. En 1634 Urbano VIII distingue netamente la canonización de la beatificación. Finalmente Próspero Lambertini, que en el futuro será Benedicto XIV, realizará en el s. XVIII el trabajo de síntesis del paso de siervo de Dios a beato, y de beato a santo. Será Pío XI quien dé normas relativas a la elaboración del proceso de canonización. Finalmente, la sagrada congregación de ritos será sustituida por la congregación para las causas de los santos por san Pablo VI en 1969¹⁹.

La recepción post-conciliar de los caminos canónicos de la santidad y de la reflexión teológica de *Lumen Gentium* será expuesta con exhaustividad en la constitución apostólica *Divinus Perfectionis Magister* de san Juan Pablo II. El documento atiende a la necesidad de simplificar la forma canónica de las beatificaciones y canonizaciones, integrando «la doctrina de la colegialidad propuesta por el Concilio Vaticano II (...) en el estudio de las causas de los santos»²⁰. De este modo, para responder a las nuevas necesidades, quedan «abrogadas todas las leyes de cualquier orden que atañan a este asunto», y se decretan nuevas normas que nos ayudan a responder a la pregunta central de esta reflexión: ¿Cómo se llega a ser santo?

La constitución apostólica –recogiendo la doctrina conciliar– refiere la santidad a Jesucristo y a la Iglesia²¹. Jesucristo, uniéndose la Iglesia, la santifi-

¹⁷ DARRICAU, R. y PEYROUS, B., «Saints. Du concile de Trente à nos jours», col. 222.

¹⁸ Cfr. CONCILIO DE TRENTO, «De invocatione, veneratione et reliquiis sanctorum, et de sacris imaginibus, sessio XXV, 3-4 dec. 1563», en *Conciliorum Oecumenicorum Decreta*, Basileae-Barcinoe-Friburgi-Romae-Vindobonae, 1962, 750-752.

¹⁹ Cfr. PABLO VI, Constitución apostólica *Sacra Rituum congregatio* (8-V-1969).

²⁰ JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Divinus Perfectionis Magister* (25-I-1983). También para las citas que siguen hasta fin de parágrafo.

²¹ «El Divino Maestro y ejemplo de perfección, Jesucristo, quien junto con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado “un solo Santo”, amó a la Iglesia como esposa y se entregó por ella, para santificarla y para presentarla gloriosa a Sí mismo».

ca, y mediante el precepto de la caridad exhorta a todos a la santidad²². Además, san Juan Pablo II remite a LG 40, para recordar la universal llamada a la santidad por gracia²³.

La constitución apostólica recoge la doctrina de LG 39-42, y afirma que Dios distingue a algunos que «siguiendo más de cerca el ejemplo de Cristo, dan testimonio preclaro del reino de los cielos con el derramamiento de su sangre o con el ejercicio heroico de sus virtudes». El documento anota cuales son los caminos tradicionales de santidad: *el martirio y el ejercicio heroico de las virtudes*, que se expresa por la imitación de Cristo. Estos caminos han sugerido la admiración de las almas, y por ello son elevados a los altares.

Finalmente, el documento culmina con una referencia última a la constitución *Lumen Gentium*. «Mientras contemplamos la vida de aquellos que han seguido fielmente a Cristo, nos sentimos incitados con mayor fuerza a buscar la ciudad futura y se nos enseña con seguridad el camino a través del cual, entre las vicisitudes del mundo, según el estado y la condición de cada uno, podemos llegar a una perfecta unión con Cristo o a la santidad. Así, teniendo tan numerosos testigos, mediante los cuales Dios se hace presente y nos habla, nos sentimos atraídos a alcanzar su reino en el cielo por el ejercicio de la virtud (cfr. Const. Dogm. *Lumen Gentium*, 50)».

El valor de la santidad no solo es en sí, sino también para nosotros; su ejemplaridad se manifiesta recíprocamente en el reconocimiento de la santidad por parte del pueblo cristiano y su existencia modélica para todos los fieles.

2.2. *La ofrenda de la vida y sus requisitos*

La doctrina canónica sobre la elevación a los altares será recogida y ampliada en el año 2017 por el papa Francisco en *Maiorem hac dilectionem*. El Santo Padre fija su mirada en Jn 15,13 y añade al *martirio y el ejercicio heroico de las virtudes* una tercera causa de santidad: *la ofrenda libre y voluntaria de la vida por*

²² «Con el precepto dado a sus discípulos de imitar la perfección del Padre, envía a todos el Espíritu Santo, para que los mueva interiormente a amar a Dios de todo corazón y amarse mutuamente unos a otros, como Él los amó».

²³ «Los discípulos de Cristo –nos dice el Concilio Vaticano II– han sido llamados no según sus obras, sino según el designio y la gracia de Él y han sido justificados en el Señor Jesús por la fe de bautismo, han sido hechos realmente hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina, y han sido realmente santificados (Const. Dogm. *Lumen Gentium*, 40)».

el prójimo. En este modo de vida se expresa también la imitación verdadera de Cristo, y para demostrar que es así, se introducen en el artículo 2 los criterios que deben acompañar al hecho mismo de la ofrenda de la vida:

- a) ofrecimiento libre y voluntario de la vida y heroica aceptación *propter caritatem* de una muerte segura, y a corto plazo;
- b) relación entre el ofrecimiento de la vida y la muerte prematura;
- c) el ejercicio, por lo menos en grado ordinario, de las virtudes cristianas antes del ofrecimiento de la vida y, después, hasta la muerte;
- d) existencia de la fama de santidad y de los signos, al menos después de la muerte;
- e) necesidad del milagro para la beatificación, sucedido después de la muerte del Siervo de Dios y por su intercesión²⁴.

El añadido del papa Francisco a las tradicionales «causas» de beatificación y canonización es conscientemente matizado. Es interesante hacer notar cómo el ofrecimiento de la vida se relaciona tanto con la causa de la muerte, que ha de ser prematura y próxima (v.gr.: muerte por cuidar de enfermos contagiosos), como también con la vida precedente y consiguiente a la causa de la muerte (coherencia de vida, virtudes cristianas y ejercicio ordinario de las virtudes anterior y contemporáneo al cuidado de esos enfermos). De este modo se evita la consideración de una vaga y puntual ofrenda existencial, y se pone de manifiesto la continuidad histórica del sujeto que será llamado santo.

Una categoría conciliar ha emergido con fuerza en relación a la santidad y aglutina los tres modos de llegar a ser santo. El valor del testimonio en la vida y muerte del creyente se expresa de modo eminente en el martirio, pero también en la ofrenda de la vida que, unida al ejercicio heroico de las virtudes, constituyen los tres caminos a los altares reconocidos por la Iglesia.

3. LA PASTORAL DE SANTIDAD Y LOS SANTOS EN LA PASTORAL EN *GAUDETE ET EXSULTATE*

La afirmación conciliar de la llamada a la santidad ha sido progresivamente destacada por el Magisterio reciente llegando a ser programa pastoral de la Iglesia en el tercer milenio. Como afirma Borda, «una nueva pastoral ha

²⁴ Cfr. FRANCISCO, *Maiorem hac dilectionem*, Carta Apostólica en forma de Motu Proprio sobre el ofrecimiento de la vida (11-VII-2017).

ido abriéndose paso en medio de no pocas dificultades y en la actualidad se puede constatar cómo ha transformado gradualmente, en estos casi 40 años de historia, la vida y la acción de la Iglesia»²⁵.

En el año 1988, en su exhortación apostólica *Christifideles laici*, san Juan Pablo II dedicaba un extenso párrafo a subrayar la llamada a la santidad de los laicos «en su *inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas*»²⁶. Se trata de una aplicación de las «palabras luminosas» (CL 17) que el Concilio ha pronunciado a propósito de la llamada universal a la santidad.

Más tarde, en su carta encíclica a los misioneros, san Juan Pablo II afirmaba: «El renovado impulso hacia la misión *ad gentes* exige misioneros santos». Y añadía: «No basta renovar los métodos pastorales, ni organizar y coordinar mejor las fuerzas eclesiales, ni explorar con mayor agudeza los fundamentos bíblicos y teológicos de la fe: es necesario suscitar un nuevo “anhelo de santidad” entre los misioneros y en toda la comunidad cristiana, particularmente entre aquellos que son los colaboradores más íntimos de los misioneros»²⁷. El Papa polaco apunta la necesidad de ir al fundamento mismo de la misión: un renovado deseo de santidad²⁸.

La afirmación se repite cuatro años después, esta vez referida al conjunto de los cristianos. «Es necesario –afirma el Pontífice– suscitar en cada fiel un verdadero anhelo de santidad, un fuerte deseo de conversión y de renovación personal en un clima de oración siempre más intensa y de solidaria acogida del prójimo, especialmente del más necesitado»²⁹.

En el marco de este anhelo «universal» de santidad se pueden comprender las afirmaciones del Pontífice en la carta pastoral *Novo Millenio ineunte*. Con las imágenes del gran Jubileo grabadas en la memoria, y con la vista puesta en el futuro, el Papa no duda en afirmar que «la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad»³⁰. El gran Jubileo ha sido ex-

²⁵ BORDA, E., «La santidad como programa pastoral», 299.

²⁶ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici* (30-XII-1988), 18. En adelante se citará como: CL.

²⁷ JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris missio* (7-XII-1990), 90.

²⁸ Para comprender el impulso procurado por san Juan Pablo II a la nueva evangelización y la misión a todas las gentes, cfr. PÉREZ LÓPEZ, P., «El pontificado de Juan Pablo II y su tiempo», *Scripta Theologica* 51 (2019) 129-157.

²⁹ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Tertio Millenio adveniente* (10-XI-1994), 42.

³⁰ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millenio ineunte* (6-I-2001), 30. En adelante se citará como: NMI.

presión viva de la doctrina conciliar (cfr. *Lumen Gentium*) mediante un compromiso –la santidad– que afecta a la entera comunidad eclesial.

Ahora bien, «¿Acaso se puede “programar” la santidad? ¿Qué puede significar esta palabra en la lógica de un plan pastoral?» (NMI 31). La convicción de que el bautismo es ya una llamada a la santidad indica que «sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial» (*ibid.*). En ningún caso san Juan Pablo II se refiere a la santidad como algo reservado solo a algunos «genios», sino que, en continuación con la enseñanza conciliar, es una llamada dirigida a todos los hombres. En definitiva, «los caminos de la santidad son personales y exigen una pedagogía de la santidad verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los ritmos de cada persona. Esta pedagogía debe enriquecer la propuesta dirigida a todos con las formas tradicionales de ayuda personal y de grupo, y con las formas más recientes ofrecidas en las asociaciones y en los movimientos reconocidos por la Iglesia» (*ibid.*).

Finalmente, san Juan Pablo II subraya que la programación de este camino de santidad debe dar prioridad a la acción de la gracia, que se manifiesta en la audacia de creer y de remar mar adentro (NMI 38).

El siguiente y gran documento explícito sobre la santidad en el nuevo milenio es la *Gaudete et exsultate*. La acogida y desarrollo de la doctrina precedente puede ser examinada desde diversas ópticas. Aquí me centro en las dos que hasta el momento han constituido el marco de la reflexión: la santidad misma y el papel de los santos.

3.1. *La santidad en Gaudete et exsultate*

Ya desde el inicio de la exhortación apostólica, el Santo Padre subraya la llamada universal a la santidad proclamada tanto por el Antiguo como por el Nuevo Testamento: «Sed santos, porque yo soy santo» (Lv 11,45; cfr. 1 Pe 1,16). La santidad es fundamentalmente una llamada de Dios, subrayándose así su fundamento teológico (GE 10); llamada universal y llamada particular a cada persona en su coyuntura histórica específica.

Así pues, nos hallamos ante una específica propuesta de santidad (párrafo primero) que alcanza unos subrayados específicos de particular actualidad pastoral (párrafo segundo). Su continuidad con el Magisterio anterior y eventual aplicación pastoral serán los ejes que llamarán mayoritariamente nuestra atención.

3.1.1. *La santidad como propuesta personal y comunitaria*

La santidad es el centro de toda la reflexión que el Pontífice ha propuesto en la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*³¹. En su introducción, Francisco afirma: «el Señor lo pide todo (...). Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada» (GE 1). El Papa se sitúa, ya desde el inicio, en continuidad con el Magisterio precedente en lo referente a la llamada universal a la santidad. Queda por conocer la óptica desde la cual abordará la multiforme cuestión de la santidad.

La contestación a este requerimiento no tarda en llegar. En el punto siguiente, se afirma que «no es de esperar aquí un tratado sobre la santidad, con tantas definiciones y distinciones que podrían enriquecer este importante tema, o con análisis que podrían hacerse acerca de los medios de santificación. Mi humilde objetivo es hacer resonar una vez más el llamado a la santidad, procurando encarnarlo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades. Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió “para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor” (Ef 1,4)» (GE 2). Se trata, por tanto, de una propuesta pastoral y no tanto teológica. Será en este terreno dónde encontraremos las eventuales aportaciones del documento.

Así pues, continuidad desde una perspectiva pastoral. El Papa, como manifiesta en el capítulo segundo, está atento a la tentación de la autoredección³². Allí (GE 36-62) Francisco llama la atención acerca de «dos falsificaciones de la santidad que podrían desviarnos del camino: el gnosticismo y el pelagianismo» (GE 35). Como afirma Nugnes, estas afirmaciones se han de leer en continuidad con algunas intervenciones decisivas de este pontificado tales como *Evangelii Gaudium* (2013), el discurso a la Iglesia italiana en el convenio de Florencia (2015) y últimamente el documento de la congregación para la doctrina de la fe *Placuit Deo*, donde se advierte de algunos riesgos en los modos de comprender fe y vivirla en el mundo contemporáneo³³.

³¹ Cfr. FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Gaudete et exsultate* (19-III-2018). En adelante se citará como: GE. El mismo género literario empleado –exhortación pastoral– subraya el tono que el Magisterio ha adquirido desde el Vaticano II, más propositivo que imperativo.

³² Cfr. NUGNES, A., «Ripartire dalla santità. *Un invito alla lettura di Gaudete et exsultate*», *Rassegna di Teologia* 59 (2018) 364-365.

³³ *Ibid.*, 354.

El gnosticismo que el Papa trata de exponer es un modo de expresión desencarnado de la fe, mientras que el llamado pelagianismo caracteriza un individualismo que se redime a sí mismo. Francisco presenta un modelo específico de santidad veraz que desenmascara las más diversas espiritualidades erráticas que se aglutinan bajo estos dos conceptos.

La santidad, en continuidad con el Magisterio precedente, es un camino personal. El papa Francisco cita *Lumen Gentium*, 11 cuando afirma que «todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre» (GE 10) y comenta en el número siguiente: «Cada uno por su camino», dice el Concilio (...). Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él (cfr. 1 Cor 12,7), y no que se desgaste intentando imitar algo que no ha sido pensado para él. Todos estamos llamados a ser testigos, pero «existen muchas formas existenciales de testimonio». De hecho, cuando el gran místico san Juan de la Cruz escribía su Cántico Espiritual, prefería evitar reglas fijas para todos y explicaba que sus versos estaban escritos para que cada uno los aproveche «según su modo». Porque la vida divina se comunica «a unos en una manera y a otros en otra» (GE 11).

Pero eso no significa que sea una camino individualista sino más bien todo lo contrario. Como ya afirmaba al inicio del documento (GE 6), «ninguno se salva solo». Es imposible no escuchar los ecos del *Evangelii Gaudium*, 92 cuando subrayaba que en esta época es más necesario que nunca vivir en comunidad. También «la santificación es un camino comunitario, de dos en dos» (EG 141). Esta presentación de la santidad en contexto comunitario, con las específicas palabras «de dos en dos» induce a pensar asimismo en la vinculación de la santidad y la misión³⁴. Poco a poco se despliegan las características concretas de la santidad que, no siendo nuevas, presentan no obstante una renovadora visión de marcado carácter pastoral.

³⁴ En este sentido, vinculado al acompañamiento vocacional juvenil o, en general, el desarrollo en términos teológicos de una pastoral de la vocación se puede consultar O'CALLAGHAN, P., «Comprender la vocación cristiana en la era de la post-verdad», *Scripta Theologica* 51 (2019) 449-466; y ÁLVAREZ DE LAS ASTURIAS, N., «Teología y pastoral de la vocación en el contexto actual», *Scripta Theologica* 49 (2017) 595-617.

3.1.2. *Las notas específicas de la santidad en Gaudete et exsultate*

Para cumplir su deseo de exhortar a la caridad perfecta, el Papa destaca algunas notas específicas acerca de la santidad que integran bellamente la doctrina conciliar (una santidad no disminuida al alcance de todos) y la actualiza pastoralmente.

Francisco entiende que la santidad contemporánea solo es posible si se está hondamente centrado y «firme en torno a Dios que ama y que sostiene. Desde esa firmeza interior es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos» (GE 112). Es un específico modo de expresar la primacía de la gracia (GE 116) y solo con la humildad –que viene la mayor de las veces de la humillación– es posible recorrer este camino de gracia. Esta solidez interior se despliega en características concretas y oportunas que evidencian la santidad del siglo XXI: el aguante, la paciencia y la mansedumbre (GE 112-121). La santidad tiene mucho que ver con la pacífica existencia de vivir en manos de Dios y no sujetos a un «yo inflado» (GE 121).

«Lo dicho hasta ahora no implica un espíritu apocado, tristón, agriado, melancólico, o un bajo perfil sin energía. El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado» (GE 122). A la alegría consumista que empacha el corazón y brinda pasajeros y ficticios momentos de gozo, es necesario proponer la verdadera alegría que nace de la comunión y del amor fraterno (cfr. GE 128).

«Al mismo tiempo –prosigue el Papa– la santidad es parresía: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo» (GE 129). En este sentido, Francisco cita la doctrina de Pablo VI en *Evangelii nuntiandi* (GE 130) y la desarrolla en los números sucesivos. La santidad, además de fundada en Dios, es apostólica. Este apostolado se muestra en la parresía evangélica que acompaña a la santidad; en la audacia y el fervor de salir de la fuerza de la costumbre y entrar en la novedad de Dios (GE 130-139). El Pontífice parece consciente de la necesidad de «liberarnos de toda inercia» y sacudir toda «modorra» (GE 137), empujados por el impulso de constante renovación que trae el Espíritu Santo.

El Papa, por otro lado, está advertido de los riesgos del individualismo y presenta de modo positivo y atractivo el aspecto comunitario de la santidad. No es tan solo una opción: es esencial. «La santificación es un camino comunitario, de dos en dos» (GE 141). Es un hecho que, en no pocos casos, son va-

rios o incluso comunidades enteras las que ofrecieron su vida a Dios y les fue regalada la santidad (GE 141). Citando la exhortación apostólica postsinodal *vita consecrata* de san Juan Pablo II, Francisco añade que «la comunidad está llamada a crear ese “espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado”. Compartir la Palabra y celebrar juntos la Eucaristía nos hace más hermanos y nos va convirtiendo en comunidad santa y misionera. Esto da lugar también a verdaderas experiencias místicas vividas en comunidad» (GE 142).

Aún queda, finalmente, una última palabra del Pontífice acerca de los matices particulares que adquiere la santidad hoy. «Aunque parezca obvio», concluye Francisco «recordemos que la santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración. El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios. Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo, y en medio de sus esfuerzos y entregas suspira por Dios, sale de sí en la alabanza y amplía sus límites en la contemplación del Señor. No creo en la santidad sin oración, aunque no se trate necesariamente de largos momentos o de sentimientos intensos» (GE 147). La oración puede ser –y de hecho es– multiforme: vinculada a la memoria, brotando de una súplica, cercana a la palabra de Dios... todo ello con rasgos bien definidos como son el equilibrio del silencio y la oración continua (GE 150-152); la súplica, la alabanza y la devoción sincera a la Sagrada Escritura; así como el encuentro con Jesús Eucaristía (GE 153-157).

La aplicación de la llamada universal a la santidad en la pastoral de la Iglesia alcanza rasgos bien concretos en este documento y tiene sus propias características. Estas notas específicas constituyen una aportación pastoral significativa que abre a líneas de actuación en la búsqueda de la santidad mediante este espíritu sereno, optimista, orante, misionero y comunitario.

3.2. *Los santos en la Gaudete et exsultate*

«Veneramos la memoria de los santos del cielo por su ejemplaridad», afirma LG 50, «pero más aún con el fin de que la unión de toda la Iglesia en el Espíritu se vigorice por el ejercicio de la caridad fraterna (cfr. Ef 4,1-6)». «El consorcio con los santos –prosigue la constitución dogmática– nos une a Cristo, de quien, como de Fuente y Cabeza, dimana toda la gracia y la vida del mismo Pueblo de Dios».

El último Concilio exhorta a los cristianos a amar a esos amigos y coherederos de Cristo que son los santos, y a que los invoquen humildemente. Esta doctrina ha encontrado su eco en el magisterio posterior y actualizada pastoralmente por los sucesivos pontífices. Una mirada retrospectiva nos ayudará a enmarcar y comprender las afirmaciones de *Gaudete et exsultate* a este respecto, valorar su contenido y señalar eventuales aportaciones.

3.2.1. *Los santos en la pastoral postconciliar*

En la celebración del 400 aniversario de la muerte de san Felipe Neri, san Juan Pablo II hacía notar el valor renovador de los santos en la vida de la Iglesia³⁵. El Espíritu y la esposa (la Iglesia) llaman a Jesús resucitado diciendo «¡Ven Señor Jesús!» (Ap 22,17). La Iglesia aguarda la vuelta de Señor a través de los siglos en una espera que no es esclerotizada, estática o rígida, sino creativa y en el Espíritu: renovando la faz de la tierra.

La fuente de esta transformación activa del mundo por parte de la Iglesia-esposa es su unión al Espíritu Santo, y los testimonios de esa transformación son los santos, concluye el Pontífice³⁶. Los santos son aquellos que, como san Esteban, viven a cielo abierto, con la vista fija en Jesús; y enseñan a vivir a cielo abierto a los cristianos, esto es, a poner la vista en Cristo mismo.

Los santos son, por tanto, ejemplo de gracia. Su presencia, tanto a través de su existencia concreta como de las narraciones de sus vidas, son principios inspiradores de la santidad de otros hermanos suyos, ya contemporáneos, ya de épocas diversas, tal como había afirmado el Concilio.

Durante el Pontificado de Benedicto XVI, la relevancia de los santos en la pastoral de la Iglesia gozó de nuevas luces. No en vano, el Pontífice dedicó gran parte de sus audiencias a las vidas de los santos y a algunos aspectos de su doctrina, con las salvedades propias de alguna ocasión particular o un viaje apostólico.

El 7 de junio de 2006 se abrió un ciclo de audiencias dedicadas a los doce apóstoles y otros personajes neotestamentarios (san Pablo, san Esteban, etc.), que terminaba el 14 de febrero de 2007 con la catequesis dedicada a las mujeres en el Nuevo Testamento. El 7 de marzo de 2007 comenzó una nueva serie

³⁵ Cfr. JUAN PABLO II, *Homilía en el 400º aniversario de la muerte de san Felipe Neri* (28-V-1995).

³⁶ Cfr. JUAN PABLO II, *Homilía* (28-V-1995), n. 5: «La misteriosa fonte di tale attesa della Chiesa è proprio lo Spirito Santo. Ed *i testimoni di quest'attesa nell'arco della storia sono in modo particolare i santi*».

dedicada a los Santos Padres, iniciada con san Clemente Romano y finalizada el 25 de junio de 2008 con san Máximo el Confesor. Desde el 2 de julio de 2008 hasta el 4 de febrero de 2009, el centro de la predicación pontificia fue san Pablo. Terminado ya el año paulino, el Papa retomó las audiencias de los santos de la mano de san Juan Clímaco (el 11 de febrero de 2009), finalizando el 6 de abril de 2011 con santa Teresita del Niño Jesús.

Para culminar este último ciclo de dos años, y a modo de síntesis, el papa Benedicto dedicó la audiencia del 13 de abril de 2011 a hablar de la santidad. Durante ese recorrido a través de la vida de los santos, afirma el Pontífice, «hemos aprendido a conocerlos más de cerca y a comprender que toda la historia de la Iglesia está marcada por estos hombres y mujeres que con su fe, con su caridad, con su vida han sido faros para muchas generaciones, y lo son también para nosotros»³⁷.

Los santos no son solo testigos de la historia, sino que tienen valor en el presente: es oportuno seguir su ejemplo, acudir a su intercesión y entrar en comunión con ellos³⁸. En primer lugar, porque nos indican que «todos podemos recorrer este camino»³⁹ de la santidad. «En todas las épocas de la historia de la Iglesia, en todas las latitudes de la geografía del mundo, hay santos de todas las edades y de todos los estados de vida; son rostros concretos de todo pueblo, lengua y nación. Y son muy distintos entre sí».

En segundo lugar, «también los santos sencillos, es decir, las personas buenas que veo en mi vida, que nunca serán canonizadas» son estímulo para vivir la caridad. «Son personas normales, por decirlo de alguna manera, sin un heroísmo visible, pero en su bondad de todos los días veo la verdad de la fe. Esta bondad, que han madurado en la fe de la Iglesia, es para mí la apología más segura del cristianismo y el signo que indica dónde está la verdad».

Los santos (canonizados o no) recuerdan y actualizan la llamada de todos a la santidad, pero no solo: en ellos y con ellos nos abrimos «a la acción del Espíritu Santo, que transforma nuestra vida, para ser también nosotros como teselas del gran mosaico de santidad que Dios va creando en la historia, a fin de que el rostro de Cristo brille en la plenitud de su esplendor». La relación entre los santos y la causalidad (ejemplar) de la gracia queda nuevamente puesta de manifiesto. El testimonio de los santos, en la enseñanza y el quehacer

³⁷ BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (13-IV-2011).

³⁸ Cfr. LG 50.

³⁹ BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (13-IV-2011). También para las citas que siguen.

pastoral de Benedicto XVI, está lejos de desempeñar un papel accidental: lo manifiesta la presencia masiva de los santos en su magisterio, así como la puesta en valor de su papel renovador en el Espíritu.

La conclusión del Pontífice germano es toda una exhortación: «No tengamos miedo de tender hacia lo alto, hacia las alturas de Dios; no tengamos miedo de que Dios nos pida demasiado; dejémonos guiar en todas las acciones cotidianas por su Palabra, aunque nos sintamos pobres, inadecuados, pecadores: será él quien nos transforme según su amor».

3.2.2. *Los santos de la puerta de al lado*

La reflexión del papa Francisco sobre el carácter sencillo de la santidad, en continuidad con el magisterio precedente, ha quedado consignada en la significativa expresión «los santos de la puerta de al lado» (GE 6-9). Con esta llana definición el Papa subraya, al menos, dos aspectos de los santos de hoy: su normalidad (vinculación al pueblo) y su proximidad.

«Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente», afirma el Pontífice, «a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo» (GE 7). La *sencillez* de la santidad habla también de la pertenencia a un pueblo que camina unido, puerta con puerta. No es una santidad autónoma, individualista o apartada de los demás, sino santidad de los que caminan con el resto de la comunidad.

Pero esa *sencillez*, esa «clase media de la santidad» (GE 7), no minusvalora su grandeza. Se quiere subrayar que los santos y beatos no son solo los canonizados y beatificados, hay muchos más, sin que eso empequeñezca la altura de la santidad. «Pensemos, como nos sugiere santa Teresa Benedicta de la Cruz, que a través de muchos de ellos se construye la verdadera historia: “En la noche más oscura surgen los más grandes profetas y los santos. Sin embargo, la corriente vivificante de la vida mística permanece invisible. Seguramente, los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia. Y cuáles sean las almas a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo sabremos el día en que todo lo oculto será revelado”» (GE 8).

Además, el papa Francisco subraya el valor transformador de los santos en toda sociedad. Francisco señala que la misión es un elemento característi-

co de la santidad hoy, vinculando así santidad y misión (GE 19-31). La historia de los hombres y la vida de los santos se entrelazan. De hecho, los santos, en cuanto particularmente implicados en la misión, están en el núcleo mismo de la conversión pastoral de la Iglesia y la renovación del mundo. Misión y santidad se animan recíprocamente.

«Para un cristiano no es posible pensar en la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad, porque “esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (1 Tes 4,3). Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio» (GE 19). Radicados en Cristo (GE 20), la vida entera es misión (GE 23), por encima de los errores y malos momentos que puedan salpicar la conducta humana (GE 24).

El santo renueva porque en su actividad, santifica. En él se realiza sosegadamente el binomio acción-contemplación: por un lado, la implicación activa en las realidades temporales, la atención del prójimo y el salir al encuentro del otro; por otro, la custodia del silencio interior, la oración, y los momentos reservados para Dios (GE 25-31).

El Papa exhorta a vencer el miedo a la santidad. «No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser» (GE 32). Santidad y fruto van de la mano cuando afirma que «en la medida en que se santifica, cada cristiano se vuelve más fecundo para el mundo» (GE 33). Es necesario apuntar alto, apuntar a la santidad, que «no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida “existe una sola tristeza, la de no ser santos”» (GE 34).

CONCLUSIÓN

Gaudete et exsultate es la última aportación pontificia a la cuestión de la santidad. Para poder conocer su alcance ha sido necesario tener presente tanto el magisterio postconciliar como la pretensión específica del documento mismo. El papa Francisco lo señalaba explícitamente: no cabe esperar de *Gaudete et exsultate* una contribución de teología especulativa, sino más bien pastoral. Estas son las referencias sobre las cuales se puede, justamente, llevar a cabo una valoración del documento.

En relación a *la cuestión de la santidad* el papa Francisco se hace eco de gran parte del magisterio precedente. No ignora el camino recorrido con an-

terioridad, sino que lo acoge y explicita, especialmente en lo referido al alcance universal de la santidad como fruto de la gracia y consecuencia de estar firmemente radicado en Cristo.

Sin embargo, el papa Francisco no se contenta con repetir la doctrina anterior, sino que la actualiza en clave pastoral. Son particularmente significativas las notas que dibujan y describen la santidad del siglo XXI. Se evidencia incluso en la actividad ordinaria de la Iglesia cómo las actividades que verdaderamente crecen y hacen crecer están atravesadas de esas características. Conviene privilegiar la pastoral comunitaria, la lectura de la palabra de Dios, la exhortación a la paciencia y a la mansedumbre, así como el entusiasmo misionero. Obrar así no solo produce frutos, sino que permite a la pastoral dar su verdadero fruto: la santidad. Se recogen, incrementan y actualizan los medios de santidad ya sugeridos por *Lumen Gentium* a la luz de una sociedad contemporánea con la que se intenta siempre dialogar. Y todo ello desde un punto de vista inequívoco y constante: la santidad es obra de la gracia.

Por otro lado, y en relación a *la cuestión de los santos*, el Papa apunta dos características que especifican su aplicación pastoral. Del magisterio precedente recibe el valor transformador de los santos ya señalado por san Juan Pablo II y Benedicto XVI, que Francisco vincula muy directamente con la conversión pastoral de la Iglesia. Al relacionar a los santos con la renovación de la Iglesia el Pontífice da un paso más a cuanto ya había postulado en *Evangelii Gaudium* en relación a esa impostergable renovación eclesial –y del mundo– a través de «una opción misionera capaz de transformarlo todo» (EG 27).

La segunda característica que se suma a este valor renovador de los santos es su asombrosa sencillez y cercanía. Más allá de los beatos y santos canonizados, los hay que bien pueden ser llamados *santos de la puerta de al lado*. Ya Benedicto XVI había postulado que la vida cristiana, el ser santos, es fundamentalmente sencillo. «Me parece –decía el Papa alemán– que esta es la verdadera sencillez y grandeza de la vida de santidad: el encuentro con el Resucitado el domingo; el contacto con Dios al inicio y al final de la jornada; seguir, en las decisiones, las “señales de tráfico” que Dios nos ha comunicado, que son solo formas de caridad. “Por eso, el amor a Dios y al prójimo es el sello del verdadero discípulo de Cristo” (*Lumen Gentium*, 42). Esta es la verdadera sencillez, grandeza y profundidad de la vida cristiana, del ser santos»⁴⁰.

⁴⁰ BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (13-IV-2011).

El papa Francisco señala la sencillez del pueblo cristiano –y del cristiano mismo– como fundamento último de la santidad cotidiana. El Pontífice apunta a una *clase media de la santidad* sin pretender con ello, antes bien todo lo contrario, disminuir su valor o empequeñecer su ideal. Con estas expresiones intenta hacer ver la cercanía de la santidad en el pueblo de Dios, la grandeza de lo ordinario y la armonía entre las dedicaciones al mundo y a la contemplación. En constante equilibrio, el Pontífice pondera cómo puede ser llevada a cabo esa santidad que hace sencilla la vida cristiana y que es sencilla en sí misma, recordando la validez de los medios tradicionales de santificación –como son la vida eucarística o la *lectio divina*– y reavivando la grandeza de la gracia de la vocación cristiana recibida por el bautismo.

Bibliografía

- AGUSTÍN DE HIPONA, *Enchiridion ad Laurentium de fide et spe et caritate*, CCL 46, 49-114.
- ÁLVAREZ DE LAS ASTURIAS, N., «Teología y pastoral de la vocación en el contexto actual», *Scripta Theologica* 49 (2017) 595-617.
- BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (13-IV-2011).
- BORDA, E., «La santidad como programa pastoral. Reflexiones sobre la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*», en SARANYANA, J. I. y otros (eds.), *El caminar histórico de la santidad cristiana: De los inicios de la época contemporánea hasta el Concilio Vaticano II. XXIV Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra*, Pamplona: Eunsa, 2004.
- BOSCH, V., «El valor programático de la santidad. Una clave hermenéutica del Concilio Vaticano II, a 40 años de distancia», *Annales theologici* 19 (2005) 171-211.
- BOSCH, V., «La vocación cristiana laical: renovar el mundo con Cristo», *Scripta Theologica* 50 (2018) 407-432.
- CONCILIO DE TRENTO, «De invocatione, veneratione et reliquiis sanctorum, et de sacris imaginibus, sessio XXV, 3-4 dec. 1563», en *Conciliorum Oecumenicorum Decreta*, Basileae-Barcinone-Friburgi-Romae-Vindobonae, 1962, 750-752.
- CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium* (21-XI-1964).
- DARRICAU, R. y PEYROUS, B., «Saints. Du concile de Trente à nos jours», *Dictionnaire de Spiritualité* 14 (1990) cols. 222-230.
- FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Gaudete et exsultate* (19-III-2018).
- FRANCISCO, *Maiorem hac dilectionem*, Carta Apostólica en forma de Motu Proprio sobre el ofrecimiento de la vida (11-VII-2017).
- GUILLET, J., «Sainteté de Dieu», *Dictionnaire de Spiritualité* 14 (1990) cols. 184-191.
- IGNACIO DE LOYOLA, *Obras completas*, Madrid: BAC, 1952.
- JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio ineunte* (6-I-2001).
- JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Tertio Millennio adveniente* (10-XI-1994).
- JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris missio* (7-XII-1990).
- JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Divinus Perfectionis Magister* (25-I-1983).

- JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici* (30-XII-1998).
- JUAN PABLO II, *Homilía en el 400º aniversario de la muerte de san Felipe Neri* (28-V-1995).
- LÓPEZ, J., «La vocación universal a la santidad en “Gaudete et exsultate”», *Teología y catequesis* 144 (2019) 31-56.
- Misal Romano*, 3ª ed. típica, Madrid, 2016.
- NUGNES, A., «Ripartire dalla santità. Un invito alla lettura di Gaudete et exsultate», *Rassegna di Teologia* 59 (2018) 364-365.
- O'CALLAGHAN, P., «Comprender la vocación cristiana en la era de la post-verdad», *Scripta Theologica* 51 (2019) 449-466.
- PABLO VI, Constitución apostólica *Sacra Rituum congregatio* (8-V-1969).
- PÉREZ LÓPEZ, P., «El pontificado de Juan Pablo II y su tiempo», *Scripta Theologica* 51 (2019) 129-157.
- PICARD, J.-C., «Saints dans les Églises Latines. Des origines au 9e siècle», *Dictionnaire de Spiritualité* 14 (1990) cols. 203-212.
- PÍO XII, Exhortación apostólica *Menti Nostrae* (23-IX-1950).
- SOLIGNAC, A., «Sainteté-Sanctification de l'homme, de Dieu», *Dictionnaire de Spiritualité* 14 (1990) cols. 191-197.
- ŠPIDLIK, T., «Saints dans les Églises byzantine et russe», *Dictionnaire de Spiritualité* 14 (1990) cols. 197-202.
- TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*.
- VAUCHEZ, A., «Saints. Du 10e siècle au concile de Trente», *Dictionnaire de Spiritualité* 14 (1990) cols. 212-222.

